

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 80 ejemplares: 1 peseta

EL HOMBRE EN LA DEMOCRACIA

Se progresa porque el hombre continúa la obra del hombre, no porque un hombre independientemente de los demás se eleve a la encumbrada región del pensamiento.
PI Y MARGALL.

Un republicano joven, de abolengo revolucionario, ilustrado, de prestigio y de porvenir, Roberto Castrovido, ha escrito en *El País* esta esperanza, que da pobrísima idea del estado de perdición de quienes á ella necesitan agarrarse, como el naufrago á una tabla, para salvar su vida colectiva y su ideal:

«Desde que fué elegido diputado á Cortes por el pueblo de Madrid en áspera lucha contra todos los monárquicos, empezó á decirse entre los republicanos que Calzada era algo más que un talento, mucho más que un orador y que un patriota. Dijose que era un Hombre; tal vez el hombre que necesitamos para encender los corazones, unir las voluntades, reconstituir el partido republicano y llamarlo al cumplimiento de su deber y de su misión, al compromiso contraído con España en 1903, de libertarla por la revolución de sus dominadores y de dignificarla ante el mundo como pueblo libre y soberano.»

Es decir, todos los hombres que componen el partido republicano no pueden hacerlo que como tal colectividad se proponen, y necesitan un Hombre con H mayúscula, que encienda los corazones y una las voluntades, y este Hombre ha venido de otro mundo republicano, de una república con ley de residencia y todo, del Mundo Nuevo adonde se dirigen los españoles que huyen del propietario español, dueño de la tierra y de cuanto hay debajo de ella y de cuanto se le une é incorpora natural ó artificialmente, para morir asfixiados en los conventillos de Buenos Aires ó caer estenuados en los ranchos de las Pampas.

¿En qué abismo de impotencia democrática y hasta de propio desprecio han caído los republicanos del día, que necesitan un Hombre, ya que todos juntos no pueden reunir el valor de la H mayúscula que Castrovido y muchos republicanos esperan poder atribuir á D. Rafael Calzada, recién llegado de Buenos Aires, si se les compara con aquellos monárquicos españoles que decían virilmente á su rey: «cada uno de nosotros valemos tanto como vos, y todos juntos más que vos!»

La historia del partido republicano español, que jamás fué democrático, es lamentable: el servilismo, la creencia y la esperanza hasta en el milagro revolucionario, abajo en las masas; la soberbia y la ambición, en las alturas, donde mangonean los definidores y los jefezuelos que aspiran á la jefatura suprema; la democracia, que, por definición, es el pueblo capaz de gobernarse á sí propio, en ninguna parte.

Cuando la muerte hubo facilitado la tarea, anulando los derechos que pudieran presentar á la jefatura los personajes—los pretendientes pudiera decirse—del partido, recayó el mando en Salmerón, y las masas republicanas, que, como las ranas monárquicas, pedían un jefe, se dieron por breve tiempo la ilusión de que tenían ya el culbrón de la fábula que necesitaban; pero Salmerón ha hecho de su capa un sayo solidario con remiendos blanco-absolutistas, tornasolado-catalanistas y violáceo-republicano-burgués, y hete ahí otra vez á los republicanos tan solos como los segadores del cuento.

Por lo que pudiera tronar, en espera del ansiado Mesías, se ha cultivado en el partido la cohesión, la fusión ó la confusión de la masa y el desmoche de toda singularidad personal, y así vemos en todas las comarcas donde el republicanismo abunda, la masa comarcal convertida en *ista* ó fulanista acérrima del jefe que ha logrado encumbrarse; Lerroux en Barcelona, Blasco Ibañez en Valencia y no sé quién, pero de seguro alguno que no se amasa y que maneja la masa, en otras partes.

Pero Calzada, si en el ánimo infeliz de los republicanos huérfanos de jefatura es una esperanza, en realidad es una incógnita, aunque Castrovido nos da las siguientes seguridades:

«Ignoramos lo que hará Calzada. Pero si sabemos que no irá á sumarse en las filas del vulgo, que no será un grano más de

arena en el montón anónimo, que estará al lado del pueblo que lo eligió, que no pasará por el cielo de España como bólide brillante y fugitivo, sino que dejará algo permanente, algo vital en este ambiente de sepulcro en que nos asfixiamos.

«Los republicanos sin gufa, sin jefes, son hoy más numerosos que nunca. Su entusiasmo no está hoy más que dormido, en espera del hombre de buena voluntad que quiera despertarlo con gritos, y, sobre todo, con actos de combatiente. Los republicanos despertarán exclamando, fortalecidos como las almas sin esperanza del gran poeta: «¡que viene un hombre!»

¿Verdad, lector, que todo eso es ridículo y triste?

Por los trabajadores amasados en el republicanismo lo siento, aunque bien merecido tienen el engaño de que son víctimas por haber pactado con la burguesía política, que nunca soltará espontáneamente sus privilegios, y haber abandonado la sociedad de resistencia, la solidaridad con todos sus compañeros y el ideal de su emancipación social.

Esos que sin duda porque no son hombres ó son hombres menguados y, viniéndoles grande la H mayúscula, «esperan un Hombre, será bueno que mediten acerca de las siguientes magistrales afirmaciones de Pi y Margall, escritas mucho antes del manifiesto de 22 de junio de 1894, es decir, cuando era un pensador íntegro y recto y daba libre curso á su pensamiento sin enmascararle con mistificaciones políticas, como hubo de hacer cuando se metió á jefe de partido:

«Todos los hombres son ingobernables... Todo poder es un absurdo... El hombre es soberano... El poder es la negación de su soberanía... Mi libertad, aun dentro de la sociedad, es incondicional, irreductible... Condono como tiránicos y absurdos todos los sistemas de gobierno, ó lo que es igual, todas las sociedades, tales como están actualmente constituidas...»

Y por si eso no bastare, consideren esos esperanzados que la accesión, que es el mal permanente del Estado, el que hace tan desgraciados á los trabajadores de todo el mundo, puesto que á cambio de un jornal insuficiente les despoja del fruto de su trabajo, tendrá en esa república que esperan lugar tan preferente como el que tiene en la treintena de repúblicas existentes en el mundo, lo mismo que bajo el patronal gobierno del padrecito de Rusia.

Si la atrofia del pensamiento que por su gestión padecen les priva de hacer esas consideraciones, alégrese, porque al fin les queda el consuelo de tener un tío en Indias que no espera á morir para hacerlos felices, sino que, montado en la H mayúscula que le facilita Castrovido, se planta en España para dorarles la píldora de la accesión y servirles la esclavitud del jornal ó el hambre de la falta de trabajo con toda libertad, igualdad y fraternidad.

¡Y adelante con los faroles!

ANSELMO LORENZO

IMPORTANTE

A los corresponsales y suscriptores que, durante este mes no se pongan al corriente en el pago de sus deudas, ó por lo menos, no demuestren su buena voluntad enviando alguna cantidad á cuenta, les suspenderemos definitivamente el envío del periódico.

De buena gana repartiríamos TIERRA Y LIBERTAD por todas partes si tuviésemos dinero para ello, pero como tal deseo es imposible, vémonos obligados á tomar la determinación arriba indicada para regularizar, en parte, la situación económica de este semanario, ajustando la tirada al ingreso.

Sépanlo así los compañeros de las localidades en las que no se reciba el periódico en el próximo mes de enero.

La lógica del error

Partiendo de la base, que podemos llamar más que difícil, imposible, pretender determinar el proceso psíquico-ético-fisiológico del individuo, por ser tantos y tan variados los factores que contribuyen á dicha formación, nos explicamos la variedad y multiplicidad de caracteres, y, por consiguiente, el sinfín de orientaciones en cualquiera de los órdenes sociales.

No ignoramos que las circunstancias, el ambiente y las leyes llamadas atávicas, como asimismo la herencia, son factores poderosos en el proceso ó formación del hombre, y que, debido á los citados factores, nótese, ó mejor dicho, se ven ciertas mutaciones ó cambios que, para el observador no se justifican, no obstante créase el observado en plena posesión de la verdad.

Cual los alimentos en el estómago son aceptados ó rechazados y como resultado inmediato se obtiene la regularidad ó irregularidad de las funciones y el equilibrio ó desequilibrio fisiológico, las ideas en el cerebro se encuentran en parecido ó igual caso, esto es, que unas son aceptadas y las otras rechazadas, resultando que la adaptación no depende de la eficacia ó no eficacia que las ideas puedan ó no reportar á la entidad social y sí de la utilidad individual que el sujeto agente sienta ó crea en el momento de la percepción, ó quizás según las condiciones asimiláticas del cerebro del mismo.

De aquí la dependencia ó independencia de caracteres; la conformidad de ciertos individuos en arrastrar el grillete del esclavo por exceso de apatía; la subordinación de otros á determinadas personalidades, que siendo cofactores de más ó menos importancia, de cuya cooperación pueden estar satisfechos, pero nunca envejecidos, llegan á creerse, parte por la inoportuna adulación de los torpes é insensatos en causas suficientes, y de aquí el engrime y la soberbia de los que á sí mismo se llaman guapos, se creen necesarios, y como es, si no imposible, muy difícil el sustraerse al ambiente; resulta el sinfín de actos repugnantes, asquerosos é inhumanos de hombres que invocan continuamente lo justo, lo moral, lo imparcial y lo humano.

Y tú, pobre paria, ¿qué dices á todo esto? ¿Por qué apoyas y sustentas á ese enjambre de necios fantasmoneos? ¿Por qué tan pasivo ante las arbitrariedades, tan numerosas como reptadas, de esos que carecen ideas que no han de llegar á ser hechos, porque son contrarias á sus fines particulares? ¿Por qué soportas con esa borreguil mansedumbre tantas imbecilidades y á tantos imbeciles?

Por eso. Por ser borrego, en lugar de lo que deberia ser. Por haberme puesto en condiciones de ser instrumento de fácil y cómodo manejo, en lugar de ser pensante, que según los naturalistas es la cualificación que me corresponde.

Por serme accesible todo aquello que tiende á embrutecerme y muy difícil de obtener lo que pudiera conducirme al terreno de la dignificación.

En una palabra: porque hay un ser, que han creído necesario, no obstante ser fatídico, que por convencionalismo se llama padre de la patria, apóstol del ideal, sacerdote de un mito, que hablándome aquel de un arte cuya misión aparente es gobernar los pueblos armónicamente y en realidad es la dirección impuesta por la farsa y por la fuerza, y como resultado la cobardía, la pasividad y el obrar por sugestión.

Unos y otros, fundados en su torpeza ó maldicia, ven, ó dicen que ven, la verdad, conductora á la consecución del bienestar de la humanidad, y sin duda que les ocurre lo que á aquel monarca, con alguna más extensión.

Aquel, ensobrecido, dijo: «La nación soy yo.»

Estos, más que ensobrecidos, ególatras, dicen: «Yo soy la humanidad.»

Y, obrando en consecuencia, lo sacrifican todo para satisfacer sus brutales apetitos.

Pueblo, masa, instrumento del despota; reacción; ten conciencia de tus actos de importancia suma, y precinde, por ir á tueldo, del diputado, del capitalista, del ministro, ya sea del trono ya del altar, por ser todo rémoras y obstáculo para tu único y lógico fin: vivir.

MANUEL BADÍA.

Madrileñazos

Aunque ya esta noticia ha de resultar excesivamente atrasada, bueno será que hagamos constar en «Madrileñazos» el descomunal *lenaso* que el jurado de la causa de la jardinera despenada ha tenido á bien propinar al pueblo de Madrid, absolviendo á la Compañía tranviaria.

Quedamos, pues, en que la jardinera se fué ella *solita*, cansada, sin duda, de marchar siempre á remolque del cable motor, que en esta verídica historia es el que ejercía las funciones del macho.

Nosotros celebramos que las hembras vayan emancipándose poco á poco de la tiranía masculina, pero de esto á declarar abuelta á la Empresa de los tranvías, va mucha diferencia. Nosotros creíamos que la responsable de que el material fuese pésimo y de que los trenos no funcionasen, sería la Compañía.

taje. También nosotros—¡inocentes!—echamos la culpa del hundimiento del Depósito de las Aguas á los técnicos ó ingenieros, pero unos cuantos *peritos ilustres* nos hicieron saber que el verdadero asesino era ¡el soll...!

Tenemos un Ayuntamiento que no nos lo merecemos.

Después de una porción de considerandos y de no menos dedadas de miel, el Concejo madrileño ha tenido á bien ordenar el establecimiento de contadores para el agua y la publicación de un bando en el que se autoriza la subida del precio del pan.

Dos puñaladas *traperas*, como si dijéramos. Es tanta la abundancia monetaria en que nos encontramos los que tenemos la *dicha* de habitar en esta madroñera villa, que el *pobrecito* alcalde que nos *alcaldea* ha dispuesto que paguemos el agua que bebamos y que nos conformemos con que cada panecillo pese 200 gramos en lugar de 250.

Al saber esto, algunos se han indignado. ¡Cabezas más locas!...

Los republicanos andan de cabeza por recibir *dignamente* al jefe de los republicanos españoles en la Argentina, Rafael Calzada.

Cuando lean estas líneas los compañeros, la «esperanza de la patria», el «reorganizador del partido republicano» y otras tonterías por el estilo, estará ya en Madrid.

La política republicana recobra con todo este una actividad en extremo portentosa, y los casinos, centros, comités y demás *agrupaciones* que luchan... jugando al dominó por el advenimiento de la República, han acordado dirigirse al pueblo invitándole á ir á recibir á Calzada.

Algunos republicanos dicen que sería vergonzoso lo esperase solamente un centenar de personas, y en vista de ello, *suplican* á los correligionarios que, *sin distinción de matices*, acudan todos á estrechar la mano del patricio ilustrado...

No creíamos, en verdad, que dentro del partido republicano hubiese gente de tantos matices, pero, por lo visto, hay rebuzanos para todos los gustos.

Cosas de la Zoología política.

GRUPO «4 DE MAYO»

En la cárcel

He ido á la cárcel á visitar á mi amigo L. Un canchero, de sangrienta indumentaria y de hocico semblante, me ha franqueado la cancela.

He atravesado el foso de los centinelas y en la habitación que da acceso á los locutorios celulares me ha detenido la voz de un empleado para pedirme la *filiación personal*.

—¿Cómo se llama usted?

—Francisco Jhones.

El escribiente ha levantado la cabeza y ha dejado la pluma ociosa para fijarse en mí con detenimiento.

—¿Ese apellido debe ser inglés?—me ha dicho, y al contestarle yo afirmativamente una sonrisa, mezcla de malicia y amargura, se ha dibujado en su sombrío rostro.

La pluma ha empezado á garrapatear en el papel con difícil desenvoltura, mientras el empleado murmuraba entre dientes: «¡Y que tenga una precisión de hacer estos papeles!»

Yo he comprendido la frase, he pensado en la forma que adquieren algunos «los garbanzos de la vida» y me he dirigido á las escaleras meditando en lo ridículo que resulta ver un hombre sentado junto á una mesa... que no es suya, escribiendo apellidos ingleses... en castellano.

He llegado al pasillo que dá entrada á la comunicación y otro empleado, que chupaba inútilmente en un cigarro sin lumbré, me ha indicado con un gesto la celda de mi amigo.

He levantado el pestillo de una ventana y he saludado al preso á quien buscaba.

Poco á poco han ido apareciendo otros visitantes y se ha generalizado la conversación y en el ambiente letal y suicida de la mazmorra carcelaria han brotado frases ardientes, imprecações furibundas, violentos apóstrofes dirigidos á los imbeciles causantes de la humana desgracia.

En el pasillo se ha sentido la vocécita aguda y vibrante de un chico... «¡Papá, papá, un beso...!» Una oleada de alegría, un efuvio de hermosa juventud ha llenado la habitación triste.

Por entre los barrotes de la sucia reja la boca inocente de un niño se ha posado muchas veces en la cara de su padre.